

# SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN Y CULTURA IBÉRICA. NUEVOS HORIZONTES POLÍTICO-CULTURALES

FRANCISCO SIERRA CABALLERO

*Departamento de Periodismo I*

*Universidad de Sevilla*

*«En un país marcado por la omnipresencia del Estado,  
por una economía oligárquica, por una Iglesia hegemónica,  
por partidos políticos inseguros y por unas clases medias  
con poca historia y pocos medios, la independencia es un bien raro»*

Antonio Barreto

## INTRODUCCIÓN

Toda frontera es una herida, una marca. No se trata sólo de una línea divisoria, sino sobre todo de una señal, de un lugar de comunicación o abertura que nos recuerda y distingue quiénes somos, y quiénes podríamos llegar a ser, puesto que, como las puertas, los puentes y los propios medios, las fronteras, las rayas que delimitan nuestros territorios, son lugares propicios para el diálogo, son lugares de pasaje y transgresión, de cruces y mestizajes. No es posible sociedad alguna sin fronteras, ni fronteras sin sociedades estructuradas capaces de proyectarse más allá de sí mismas. Como bien ha escrito António Cabrita, si bien las fronteras no pueden suprimirse sí que pueden y deben ser desenmascaradas, como toda operación lógica de demarcación. Y es que, por encima del debate sobre la tradición y la modernidad, las identidades son construcciones paradójicas, y fundamentalmente creativas. Si la cultura más que un sistema cerrado constituye una posibilidad, la potencia creativa del límite, siempre abierta a nuevas preguntas y reformulaciones, qué duda cabe que en nuestro caso, la cultura ibérica puede y debe ser redefinida, impulsada al calor del nuevo marco de relaciones internacionales y de construcción de la *cultura común* en eso que hoy hemos dado en llamar Sociedad de la Información.

Tal empeño no puede resultar más pertinente y oportuno. Pues el recobrado interés por el iberismo tiene lugar precisamente cuando se están fijando nuevas demarcaciones culturales, nuevas formas *invisibles* de de/limitación, que establecen márgenes de libertad y restricciones, estructuras desiguales e injustas de división del trabajo cultural que nos excluyen y *limitan*, imponiendo espacios domésticos de reproducción que esterilizan la capacidad de nuestras culturas populares para crecer y subsistir en el nuevo dominio científico-técnico de la sociedad del conocimiento. En esta deriva lógica de distinción y ordenamiento, el reconocimiento de los lugares comunes que nos vinculan y, de algún modo, nos afectan vuelve a incidir en los tópicos ilustrados de un orden del discurso potencialmente liberador pero en la práctica poco o nada productivo. En él, se insiste que, en efecto, es manifiesta una íntima y genuina tradición ibérica que nos conecta y compromete en la común herencia cultural y las historias paralelas de colonizaciones, devenir político y transformaciones recientes de nuestra contemporaneidad, en un territorio marcado por una peculiar dialéctica de tradición y modernidad, de integración y aislamiento respecto a Europa, de expansión y colonización a la vez que de mestizaje. La Península Ibérica ha sido rica, por su historia, en mixturas y reappropriaciones varias, proveniente en la mayoría de los casos de las migraciones y comercio del Mediterráneo. En palabras de la escritora brasileña Nélide Piñón, «el paso de los iberos, junto al de los celtas, convirtieron a la Península Ibérica en lo que es hoy», un espíritu de mezcla en donde se plasma la individualidad, la magia y el respeto a la ley. Espíritu de mezcla que, paradójicamente, ha sido potencialmente anulado por el distanciamiento e incomunicación entre ambos países: Primero por las fronteras políticas, más tarde por los intereses económicos, y, finalmente, por las identidades nacionales y la cultura-nación que edificaron ambos Estados. La producción, a nivel del imaginario, de sistemas unitarios de identificación y producción de sentido mediante la acumulación de materiales, recursos, dispositivos históricos y eventos para la memoria, y el olvido, colectiva han levantado, como resultado, un muro fronterizo de difícil transducción. A lo largo de nuestra historia, se constata como resultado la notoria ausencia de proyectos permanentes y ambiciosos de desarrollo común que reactiven la memoria ibérica y alcance a visualizar nuevos horizontes de futuro compartido. No creemos que, como decía Eugenio Montes, Portugal y España sean naciones paralelas que sólo puedan encontrarse en el infinito. Antes bien, la historia de portugueses y españoles, de este espacio común de la Península Ibérica, conforma un patrimonio cultural diverso capaz de definir un proyecto económico, político y cultural que nos ayude a redefinir nuestra peculiar posición periférica, territorial y políticamente, en la Unión Europea y en el mundo. Hoy más que nunca, cuando constatamos que «a los pueblos pequeños nadie les da oídos» (Saramago *dixit*), esta alejada posición de los centros de poder y decisión económico-políticos no sólo conforman una ventaja competitiva, sino la condición necesaria, en tanto que tierras extremas de Occidente, para aprender a pensar nuevos

escenarios y reglas del juego en los procesos de desarrollo a ambos lados de la frontera territorial más allá, desde luego, de los muros simbólicos y las aduanas económico-culturales que nos mantienen aislados en una diferencia que nos lleva a la indiferencia ante la suerte o deriva del aislamiento del «Otro» mientras seguimos separados.

En este sentido, es el momento de superar el histórico antagonismo y la desconfianza que anulan el potencial cultural que nos distingue en las relaciones peninsulares. Parafraseando a Miguel de Unamuno, necesitamos superar la soberbia española y el persistente recelo portugués que alimentan la dialéctica de incomunicación entre ambos países, y procurar, añadiríamos nosotros, explicitar el capital cultural y las experiencias vividas en común en un territorio y un ecosistema cultural potente por su historia y realimentación, más allá del Atlántico, y del Mediterráneo. No nos referimos con ello, desde luego, a la tradicional concepción antropológica de la cultura ibérica y su mística idealista que protagonizó muchas de las reflexiones de las letras tanto lusas como hispanas, al insistir en los valores sagrados de una siempre imaginaria e hipotética Iberia. No tratamos de mirar atrás a una Arcadia perdida, a unos orígenes basados en el mito de la tierra, y la lectura fraternal, poética, de Cervantes y Camões. Este iberismo corresponde con lo que podríamos calificar de iberismo monárquico o autoritario, basado en los intereses político-materiales de la cultura tradicional, dominante, y premoderna que ha gobernado hasta las últimas dictaduras nuestra península. La unidad o encuentro entre ambas culturas se nos torna imposible si no vamos más allá de la triste visión de Felipe II y la dinastía borbónica. Frente a este modo de entender la cultura ibérica, existe un iberismo ilustrado, basado no tanto en una relación jurídica como en el intercambio de ideas y de expresiones culturales; pero también, y sobre todo, un iberismo federalista, que entronca con el pensamiento republicano y con tradiciones emancipatorias como el anarquismo o el comunismo libertario, a la vez que con las reivindicaciones regionales de los nacionalismos periféricos catalán, gallego, vasco o andaluz. Éste es un iberismo que podríamos calificar de histórico-materialista, un iberismo anclado en las condiciones de desarrollo, en la común y concreta historia y genealogías que definen nuestro ser y pensamiento, nuestra conciencia y limitada visión compartida, que ha de repensar la cultura ibérica desde una visión crítica para lograr trascender y realizar las posibilidades de futuro negado que nos son propias desde la reivindicación del espíritu de independencia, la cultura de resistencia a las invasiones romanas y la epopeya oceánica del republicanismo imaginado hace tiempo por Teófilo Braga.

Del republicanismo de Pi Margall a la revolución de los claveles, de Unamuno a José Saramago, el discurso iberista debe ser capaz de atravesar y recomponer un espacio cultural que, necesariamente, ha de ser repensado a partir de la tradición crítica a fin de evitar el naufragio del barco de las ideas en tránsitos inhóspitos de la razón de Estado y del espíritu absolutista que tanto y tan mal

hicieron en la historia común de ambos países. El reto parece cuando menos monumental. Nos enfrentamos a un mundo que está cambiando aceleradamente y en cuya compleja configuración debemos buscar nuestra identidad y proyecto político-cultural, caminando sobre nuestros pasos para interpretar los orígenes y huellas culturales en la piel de toro, a fin de explorar en nosotros mismos lo que podemos llegar a ser y lo que aspiramos a convertirnos. Empeño y dificultad, como digo, mayúsculos cuando el paralelismo político y social de la contemporánea trayectoria histórica de ambos países no ha sido acompañado de la necesaria voluntad de entendimiento y acortamiento de las distancias. Tan cerca, pero cultural y políticamente tan lejos, ambos países hemos permanecido al margen de nuestro común patrimonio, de nuestra común historia, de nuestra común aspiración al desarrollo. En los últimos años, sin embargo, parece que algo se mueve.

Recientemente, el Presidente de la Junta de Andalucía proponía al Primer Ministro Luso la creación de una *euroregión* con Portugal que incluyera, además de Andalucía, Extremadura, El Alentejo y el Algarbe, coordinando esfuerzos comunes en turismo, desarrollo y cooperación económica. Las reuniones bilaterales y las cumbres hispano-lusas, la última de ellas celebrada casi a la par que este III Congreso Ibérico de Comunicación, indican que los poderes públicos son plenamente conscientes y hace tiempo que se han percatado de la consistencia y oportunidad de un proyecto colectivo y conjunto de trabajo y articulación político-cultural entre ambos estados en el seno de la UE. La idea de partida que alimenta estas aproximaciones o acercamientos reconoce la importancia y necesidad de una alianza latina en la defensa de una posición común que, a partir de nuestro legado y potencial económico-cultural, fortalezca el papel de interlocutor y mediadores de ambos países en las relaciones internacionales no sólo ante Bruselas y la comunidad iberoamericana, sino en el marco de la división internacional del trabajo cultural que se perfila al amparo del nuevo proceso de reestructuración capitalista. Éste es, de hecho, el empeño de algunas organizaciones académicas recientemente creadas como la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC), una plataforma de encuentro entre culturas hispánicas, lusas y, en general, latinas, que trata de resistir culturalmente la hegemonía angloamericana reivindicando la diversidad cultural, para reconocernos y hacernos visibles, para crecer y aprender juntos construyendo horizontes y proyectos de vida en común.

A tenor de ésta y otras iniciativas, y desde el punto de vista teórico, parece lógico que, en el mundo que está conformándose con la globalización de la sociedad-red, el iberismo reformule sus planteamientos de partida para asumir una visión federalista que trascienda la mirada binacional cuestionando, en la era del modo de organización imperial, la perspectiva del Estado-nación, cuando más necesario es aprender a pensar sin Estado, o, más exactamente, cuando más

necesitamos redefinir nuestras estrategias y las relaciones de dominación desde el pensamiento del límite que desenmascara las fronteras como delimitaciones artificiales de control político-militar de reorganización de los flujos de mercancías y capitales. Éste es el reto de la globalización y de quienes abogamos por defender la diversidad cultural, éste debiera ser el primer paso para quienes pensamos que en estas tierras ignotas de Occidente todos somos ibéricos. De lo contrario, asistiremos impasibles al desgajamiento simbólico o «fantasmal» del espectro de Iberia, mientras discutimos sobre las formas de superar la brecha con Europa sin saber si no es más conveniente tomar el rumbo de América o construir con nuestro barco de ilusiones nuevos trayectos en el mapa de la historia, con otra carta de navegación y un nuevo cuaderno de bitácora, como en parte les sucede a los personajes de la novela de José Saramago, «La balsa de piedra». El desgajamiento de la Península Ibérica del viejo continente convirtiéndose en un territorio a la deriva que navega por el Atlántico, en busca de una nueva localización, es una genial metáfora del momento en el que nos encontramos.

En la novela de Saramago, todos los esfuerzos por ponderar y detener la «peligrosa» deriva de la península fracasan ante la travesía y evolución ineluctable de un curso de navegación que convierte a nuestro territorio en un trozo de unión entre América y Europa, y desde luego, entre Europa y el continente africano. La conclusión que puede colegir el lector es, a este respecto, utópicamente reveladora: la necesidad de que Europa mire al sur para que, en compensación por sus abusos coloniales, antiguos y modernos, contribuya a equilibrar el mundo desde el compromiso ético, desde la justicia y la igualdad. El artista sevillano Pedro G. Romero ironizaba, en el mismo sentido, sobre la idea de península navegante al representar en forma de balsa de piedra despegada de los Pirineos el curso de la historia que nos une a la América precolombina y a la cultura híbrida latina del subcontinente latinoamericano. Ya decía Ortega que la esencia de lo ibérico ha sido y es la peculiar resistencia a Europa, siendo ella misma, la cultura ibérica, parte de Europa, en forma de curiosa o paradójica dislocación de ambos países hacia Occidente. Tradición y modernidad conforman la peculiar cultura común, entre un talante dinámico, capaz, vital, moderno y optimista, que cree y trabaja duro por un porvenir mejor, y otro doliente y quejoso que parece incapaz de creer en el futuro empeñado como está en la idea de cuanto peor, mejor.

Siendo en parte cierta la aseveración de Ortega, quizás es el momento de que esta deriva pueda ser interpretada más que como circunstancia o accidente, como elección y posición elegida, para pasar del discurso de la cultura ibérica como paradigma de la cultura occidental desviada y marginal, a la afirmación de la periferia de las culturas emergentes y subalternas del indigenismo y los excluidos del mundo en el nuevo horizonte postcolonial. Un discurso tal trata de pasar del imaginario del aislamiento a la afirmación de la diferencia inter-

pretando el iberismo como la figuración antagonista de lo Otro, o los otros, las voces no asimiladas, irrepresentables o invisibles, inasibles y resistentes a lo hegemónico, la insurgencia de pueblos de frontera *invisibilizados*, la perfecta anomalía salvaje, el *locus* y *humus* de un apego insondable a la tierra y la cultura, característica, a decir de algunos expertos, de la cultura ibérica.

Este orden del discurso, en el fondo, promueve el ejercicio de pensar y forzar los límites, de desenmascarar, como decíamos al principio, las máscaras, de construir en común una «cultura de frontera», de frentes culturales, y de confrontación productiva de formas de sentir e imaginar comunes y distintas, realimentando el patrimonio territorial y geopolítico común, la penuria y el subdesarrollo estructural que nos define como culturas marginales o periféricas en comunión por la reivindicación de las necesidades de desarrollo territorial y colectivo de otras periferias y modos de enunciar que habitan en el mundo, en nuestro mundo colonizado y explotado. Para ello es preciso un diálogo intercultural crítico y creativo. No basta mirar u oír las creaciones y modelos culturales allende las fronteras, como siempre ha venido proponiendo el iberismo intelectual de salón, desde hace más de un siglo. Para entender al Otro hay que convertirse en intérprete, y mejor aún en objeto interpretado. Partimos para ello, como ventaja, de la potente creatividad y vitalismo irreductibles a la gramática del Capital, como allende los mares. La «mentalidad de Poniente» (Lourenço *dixit*) –el viejo sentido de la tierra, de la propiedad, los hábitos y modos de vida– constituye un material difícilmente absorbible por el Capital que pone por condición primera la falta de hábitos, en un mundo inhabitable. Y éste no es un capital, o cultivo social cualquiera, es el potente ecosistema de vida que nos permite seguir pisando suelo firme en un tiempo en el que, como decía Marx, todo se disuelve en el aire... Pero a su vez, este apego a la tierra, este cúmulo de energía, vida y hábito cultural, se debate en la contradicción que paraliza los proyectos de futuro en la región. Como advierte Fernando Rodríguez de la Flor, «en cuanto que pensamiento que se expresa en un habla de la frontera, y se vierte en la creación de un perfil del lugar o lugares donde desfallece y se anula en realidad la energía capitalista, ese iberismo, sin duda, también consiste en la reivindicación expresa de unos reinos de perfil *desvaído* (quizás estemos tratando del depósito de la memoria de reinos perdidos), en todo caso de lugares en donde sea ostentosa la existencia de una condición, como diría A. García Calvo (...) no progresada. Es decir de una tierra que renuncia (o le hacen renunciar) a vivir la prosperidad y el progreso franco (en medio del cual habita) y que, en realidad lo desdeña y le da la espalda, quizás por nostalgias de algo más antiguo y esencial».

Por ello, en buena medida, el empeño del iberismo en la Sociedad de la Información debe partir también de un compromiso y esfuerzo de pedagogía política de la memoria que actualice nuestras lecturas convergentes y disímiles de republicanismo, dictaduras, modernidades, transiciones, y, desde luego, de

imperialismos y colonizaciones varias, en África y, fundamentalmente, América. El Capital no tiene memoria, pero la cultura sí. Toda fórmula o pretensión iberista, si no quiere ser una forma reactiva o arcaísmo ingenuo, pasa por la interpretación del pasado y del presente-futuro, desde el punto de vista utópico, esto es, como anticipación y voluntad transformadora de nuestro futuro común. Evocar y reivindicar la cultura ibérica ha de ser una forma de resistencia intelectual y político-cultural. Especialmente cuando hoy se piensa el desarrollo peninsular desde una visión idealista, poco o nada reivindicativa, según una visión *mitopoética* que trata de exaltar las tradiciones de España y Portugal, de nuestro destino común, con la fe puesta en conformar un eje territorial del Poniente como la postmoderna zona provenzal del capitalismo integrado angloamericano y nórdico de la UE, definiendo el iberismo posible como la renuncia precisamente a la voluntad de cambio y de poder, de voz y de palabra. Esta forma postiberista, o postmoderna, construye un relato que podríamos calificar foráneo, pues observa el futuro ibérico desde fuera, no desde dentro, desde Bruselas o los centros del poder del capital transnacional, no desde los sujetos históricos concretos del Algarbe, Andalucía, Beira Interior o Extremadura. Se trata de un iberismo forjado por lusistas e hispanistas, o por intelectuales autóctonos que hablan de hermanamiento haciendo abstracción de la vida e historia material de nuestros pueblos, anulando la singularidad conflictiva y la posición periférica para redituvar nuestro patrimonio cultural en el margen, privilegiado, pero margen al fin y al cabo, del centro del sistema capitalista imperial, al no problematizar las relaciones de poder y las conexiones económico-culturales que atraviesan estos procesos identitarios, del pensamiento y organización del territorio.

Si no queremos ser los portavoces de un proyecto de integración basado en los mitos y relatos arqueológicos de los pueblos fundadores, para convertir nuestro territorio y patrimonio cultural en capital circulante, en campo estratégico de acumulación y especialización productiva del capital transnacional, es preciso recobrar la memoria viva del iberismo como pensamiento intempestivo, federalista, transformador y emancipatorio, como el relato incómodo de un futuro por venir, como la historia inconclusa a escribir por los nuevos bárbaros íberos y nómadas que viven subyugados en las fronteras de exclusión y aislamiento de nuestras economías subdesarrolladas, sobreviviendo en los pliegues del nuevo sistema-mundo de explotación y civilización destructiva, como la teoría y práctica de la resistencia al Imperio por la dignidad y la memoria de los olvidados, de los sin tierra, de los apátridas, metecos y esclavos de la globalización, por los sin voz que naufragan a la deriva, como esta tierra ignota, o desierto, dominio vacío que escapa al control, pero que en cualquier momento puede colonizar, y de hecho coloniza, el Capital. No se trata, en fin de un viaje o ruta de la inclusión, sino más bien el deambular por los espacios e intersticios excluyentes de la marginalidad y la periferia. Como en la fábula de Saramago, se trata de

horadar las grietas que aparecen sobre la tierra como una oportunidad promisoría para un futuro compartido.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARTOLOMEU JÁCOMO, A. (2004): «Cultura de fronteira: Um desafio à integração», Centro de Estudios Ibéricos ([www.cei.pt](http://www.cei.pt)) (consultado: 30 de julio de 2006).
- BASTENIER, Miguel Ángel (2006): «Esp-ugal o Portu-paña», *El País*, miércoles 4 de octubre, p. 10.
- CHACÓN, V. (2005): *A grande Iberia. Convergencias e divergencias de uma tendencia*, Brasil, UNESP.
- PETSCHEN, Santiago (2006): «El iberismo», *El País*, jueves 28 de septiembre, p. 17.
- RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Fernando (2005): «El concepto de iberismo y su sentido Actual», Centro de Estudios Ibéricos ([www.cei.pt](http://www.cei.pt)) (consultado: 31 de julio de 2006).
- SARAMAGO, José (1993): *La balsa de piedra*, Madrid, Alfaguara.